

HOMILÍA ORDENACIÓN EPISCOPAL DE MONS. RAFAEL ZORNOZA

Domingo V del Tiempo Ordinario ©

Is. 42,1-4. 6-7; I Cor.9,16-19.22-23; Mc.1,29-39.

Muy queridos Sr. Cardenal, Sr. Nuncio Apostólico, Sres. Arzobispos y Obispos.

Excelentísima Sra. Presidenta de la Comunidad de Madrid.

Ilustrísimo Sr. Alcalde de Getafe

Estimadas y dignas autoridades.

Muy queridos amigos y hermanos.

“Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia” (Salmo 106). Nuestra diócesis de Getafe se siente hoy muy feliz y da gracias a Dios por los signos de amor que continuamente nos manifiesta. Y en este día especialmente quiere alabarle por el regalo de un Obispo Auxiliar que pueda compartir conmigo la carga y el gozo del ministerio apostólico, en comunión plena con el sucesor de Pedro, con la colaboración fecunda de los presbíteros y los diáconos, para el servicio de todo el Pueblo Santo de Dios, con el que compartimos el sagrado mandato del Señor de anunciar el evangelio a todas las gentes.

El evangelio de hoy nos cuenta que Jesús, después de curar a la suegra de Pedro *“se levantó de madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar. Pero Simón y sus compañeros fueron y al encontrarlo le dijeron: “Todo el mundo te busca” (...)” (Mc. 1,29-39).* Aquellas gentes, después de haber conocido al Señor y haber quedado fascinadas por su Palabra, ya no podían vivir sin Él. En Él habían encontrado la vida y la salvación. En Él habían recuperado la esperanza. Él había llenado el vacío de su corazón. Y, de ahora en adelante, su único deseo era estar con el Señor. La actuación de Jesús y la autoridad de su Palabra suscita en ellos el interrogante por el misterio de su persona. Y no quieren ya abandonarle.

Hoy también hay mucha gente que busca y necesita a Jesús y que, de una manera o de otra, también se plantea el interrogante por el misterio de su persona. Es verdad que nuestra sociedad moderna parece vivir muy alejada de Dios y de la fe y que por su modo de vivir, en muchos casos tan superficial, ha perdido la capacidad de hacerse preguntas. *“La época que*

estamos viviendo (nos decía Juan Pablo II en su Exhortación apostólica “Iglesia en Europa”), es una época que *con sus propios retos, resulta en cierto modo desconcertante. Muchos hombres y mujeres parecen desorientados, inseguros, sin esperanza, y muchos cristianos están sumidos en este estado de ánimo (...) Muchos ya no logran integrar el mensaje evangélico en la experiencia cotidiana; aumenta la dificultad de vivir la propia fe en Jesús en un contexto social y cultural en que el proyecto cristiano de vida se ve continuamente desdeñado y amenazado; en muchos ambientes públicos es más fácil declararse agnóstico que creyente; se tiene la impresión de que lo obvio es no creer, mientras que creer requiere una legitimación social que no es indiscutible ni puede darse por descontada.*” (I.E. 7). Si, es verdad que esto sucede. Sin embargo, como también dice el Papa más adelante, el hombre no puede vivir sin esperanza. Y eso, los que estamos empeñados en el trabajo de la evangelización, lo vemos todos los días. El hombre no puede vivir sin esperanza. Su vida, condenada a la insignificancia, se convertiría en insoportable. Ciertamente trata de llenar esa necesidad de esperanza con realidades efímeras y frágiles. Trata de saciar su sed de infinitud con esperanzas intramundanas cerradas a la trascendencia. Intenta contentarse con los paraísos prometidos por la ciencia o por la técnica o por las mas diversas formas de evasión que pretenden ofrecer la múltiples formas esotéricas de espiritualidad. (Cf. I.E. 10) Pero nada de eso es capaz de llenar su sed de Dios. El hombre sin esperanza cuando se enfrenta consigo mismo se siente sólo y vacío. Y hasta la misma convivencia con los demás, incluso con los más íntimos, se le hace sumamente difícil. No es capaz de entender el misterio de su propio ser. No es capaz de entenderse a sí mismo.

Pero ocurre que cuando el hombre, que honradamente y sinceramente liberándose de miedos y prejuicios busca la verdad, se encuentra cara a cara con Cristo; cuando se deja interpelar por su Palabra y se deja mirar y amar por Él, su vida cambia radicalmente. Es el descubrimiento de la perla preciosa y del tesoro escondido. Cuando uno descubre, no al Jesucristo manipulado por las ideologías, sino al Jesucristo real, vivo y resucitado, vigorosamente presente en su Iglesia; cuando uno descubre a ese Cristo que confía en el hombre y le eleva y le dignifica y le saca del abismo profundo de la desesperanza y del pecado, entonces, como aquellas gentes de las que hoy nos habla el evangelio, sólo desea en su vida estar Jesús y conocerle y seguirle y amarle y hablar de él a todas las gentes y entregarle gozosamente su vida para vivir, en Él y con Él, en el seno de la Iglesia y bajo el impulso del Espíritu Santo, el encuentro con el amor infinito de Dios Padre. ¡Qué maravillosa es la vida cristiana!. Cuando uno encuentra a Cristo, lo encuentra todo. Y cuando uno le sigue y entra con Él

en la sabiduría de la cruz su vida se llena de claridad y él mismo se convierte también en claridad y en luz para los demás.

Querido Rafael: dentro de unos momentos, vas a ser ungido por el Espíritu Santo para continuar en el mundo la misión que el mismo Jesucristo confió a los apóstoles. Se van a cumplir en ti las palabras del profeta Isaías, que hemos escuchado: *“Yo el Señor, te he llamado con justicia, te he tomado de la mano, te he formado y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión y de las mazmorras a los que habitan en tinieblas” (Is.42,1-4.6-7)*. Tu y yo, querido Rafael, en estos casi quince años de vida de la Diócesis de Getafe, guiados por la mano suave, pero firme, de nuestro querido primer Obispo de Getafe, D. Francisco, al que siempre recordaremos con inmensa gratitud, hemos visto cómo el evangelio de Jesucristo, en medio de muchas dificultades, se iba abriendo camino entre nosotros, conquistando muchos corazones y manifestando su fuerza salvadora.

Todos los días, como S. Pablo, pensando en tantos y tantos sacerdotes, consagrados y laicos que, entre nosotros, con la alegría que viene del Espíritu Santo anuncian a Cristo con fortaleza, podemos decir, llenos de asombro: *“Siempre damos gracias a Dios por todos vosotros y os tenemos presentes en nuestras oraciones. Ante Dios nuestro Padre, recordamos sin cesar la actividad de vuestra fe, el esfuerzo de vuestro amor y el aguante de vuestra esperanza en Jesucristo, nuestro Señor” (I Tes. 1,1 ss.)*

Damos gracias a Dios por nuestros presbíteros. Ellos son los primeros e insustituibles colaboradores del orden episcopal. Ellos son nuestros pies y nuestras manos en el ministerio apostólico. En ellos sigue viva la palabra de Cristo y el perdón de los pecados y la misericordia del Padre. En ellos, cada vez que celebran la Eucaristía, se sigue edificando la Iglesia, y el sacrificio redentor de Cristo sigue reconciliando a los hombres con Dios y sigue realizando en medio de nosotros el milagro de la fraternidad y de la comunión eclesial. ¡Cuántas veces, especialmente en la visita pastoral a las parroquias, me he sentido confortado al ver la pasión por Cristo de muchos sacerdotes, entregados en cuerpo y alma al servicio de sus comunidades. Sacerdotes que día a día, con paciencia y constancia, se han ido acercando a muchas personas que en el fondo de su corazón buscaban y necesitaban encontrarse con una Iglesia que comprendiese sus alegrías y esperanzas, una Iglesia que les ofreciese el alimento sólido de la Palabra de Dios y que reflejase en su ministerio sacerdotal la imagen viva del Buen Pastor que continuamente busca con amor la oveja perdida.

Damos gracias a Dios por el don de la vida consagrada en la variedad de sus carismas y de sus instituciones. Y tenemos muy presentes entre nosotros a nuestras queridas monjas contemplativas. La vida consagrada pertenece íntimamente a la vida de la Iglesia, a su santidad y a su misión. Y pedimos al Señor que fieles al carisma de sus fundadores sigan enriqueciéndonos con el testimonio de sus vidas.

Y damos gracias a Dios por los muchos laicos que en nuestra Diócesis son testigos valientes de Cristo en medio de las realidades temporales. Damos gracias por los matrimonios cristianos, generosos, abiertos a la vida, testigos y educadores de la fe para sus hijos, entregados en su amor mutuo, siendo el uno para el otro manifestación del amor divino y siendo para todos signo sacramental de la entrega de Cristo a la Iglesia.. Ellos son la gran esperanza de la Iglesia y del mundo. Y damos gracias por los muchos jóvenes cristianos que en nuestra comunidad diocesana han sido alcanzados por el amor de Cristo y se han convertido en verdaderos apóstoles y evangelizadores de sus propios compañeros y amigos.

Nuestra diócesis sigue creciendo en población. Surgen continuamente nuevos barrios en los que una multitud de familias jóvenes, sumergidas, en su inmensa mayoría, en una ambiente de increencia y agobiadas en muchos casos por problemas económicos y materiales, necesitan la presencia cercana de alguna comunidad eclesial en la que los niños sean iniciados en la fe, los jóvenes, se sientan atraídos por belleza de vida cristiana, los matrimonios puedan fortalecer su amor con la gracia del Señor y vivir con gozo su vocación de esposos y de padres, los emigrantes, cada vez mas numerosos entre nosotros, se sientan verdaderamente acogidos como hermanos y donde todos aquellos que estén necesitados de cualquier ayuda espiritual o material se sientan escuchados y atendidos con afecto. Es necesario seguir creando nuevas parroquias. Y aprovecho para dar las gracias a las autoridades municipales y autonómicas que hoy nos honran con su presencia, y que han sabido entender el servicio que la Iglesia presta a la sociedad, por la colaboración y ayuda que nos han prestado y que estoy seguro de que, en aras del bien común, nos seguirán prestando para que esas nuevas parroquias puedan pronto empezar a funcionar.

Pero a la vez que la diócesis ha ido creciendo en población y los problemas que plantea la evangelización se han ido agrandando, no cesamos de dar gracias a Dios porque en nuestra Iglesia diocesana son cada vez más numerosos los que, escuchando la voz del Señor, viven con mucha intensidad su amor a la Iglesia, testimonian con valentía su fe en Jesucristo

en los diversos ambientes en que viven, y están entregados en cuerpo y alma a las mas diversas obras apostólicas. Especialmente damos gracias a Dios por las numerosas vocaciones para el ministerio sacerdotal y para la vida consagrada con las que el Señor nos ha bendecido en estos años. Damos gracias a Dios por nuestros seminaristas que hoy viven con especial alegría la ordenación episcopal de su rector. Y pedimos a Dios que en nuestra pastoral de juventud sepamos proponer con valentía la radicalidad de la vida cristiana y el inmenso atractivo de las llamada del Señor para seguirle en la intimidad y participar con Él en la extensión de su Reino.

Querido Rafael “ *el episcopado, que hoy la Iglesia te confía es un servicio, no un honor (...)*”. Como nos recuerda el propio ritual de ordenación: “*el Obispo debe ante todo vivir para los fieles y no sólo presidirlos. El que es mayor, según el mandato de Señor, debe aparecer como el más pequeño y el que preside como el que sirve. Proclama la Palabra de Dios a tiempo y a destiempo, exhorta con toda paciencia y deseo de enseñar (...)* Ten siempre ante los ojos al Buen pastor, que conoce a las ovejas y es conocido por ellas y no duda en dar la vida por el rebaño. Ama con amor de padre y de hermano a cuantos Dios pone bajo tu cuidado(...) (Homilía. Ritual Ordenación del Obispo)

El Papa Benedicto XVI en su reciente encíclica sobre el amor cristiano hace mención expresa a ese momento de la ordenación episcopal, previo al acto de consagración propiamente dicho, en el que el candidato contesta a las preguntas que expresan los elementos esenciales de su oficio. Y en este contexto el nuevo obispo promete expresamente que será, en nombre del Señor acogedor y misericordioso con los más pobres y necesitados de ayuda. (D.C. 32)

La acogida y la misericordia han de ser dos actitudes esenciales de nuestro ministerio episcopal. En medio de nuestra sociedad opulenta hay mucha pobreza espiritual y material y hay muchas gente que sufre en silencio el dolor de grandes frustraciones y siente la soledad de muchos fracasos afectivos. En medio de nosotros hay mucha gente necesitada de esperanza.

Al Obispo le corresponde, en particular ser profeta, testigo y servidor de la esperanza (Cfr. P.G. 4). Y hemos de dar esperanza defendiendo la dignidad de la vida humana, en todas las circunstancias y en todas sus fases, especialmente en las más necesitadas de protección; y hemos de cuidar y defender la familia, según el proyecto de Dios inscrito en la naturaleza misma del hombre; y hemos de abrir los ojos a las nuevas generaciones para que derriben las barreras de la superficialidad y del

miedo y pongan sus ojos en el Señor Jesús y busquen en Él la respuesta a sus preguntas, porque sólo en el Señor Jesús podrán recibir las respuestas que no engañan ni defraudan.

La perspectiva de la esperanza teologal, junto con la de la fe y la caridad ha de modelar por completo nuestro ministerio pastoral. Una esperanza fundada en la certeza de la voluntad salvadora de Dios. Una esperanza que, como nos pide la Exhortación Apostólica “Pastores Gregis”, haga de nosotros los obispos *“centinelas atentos, profetas audaces y fieles servidores de Cristo (...) “Ante el fracaso de las esperanzas humanas que basándose en ideologías materialistas, inmanentistas y economicistas pretenden medir todo en términos de eficiencia y en relaciones de fuerza y de mercado (...) sólo la luz de Jesucristo resucitado y el impulso del Espíritu Santo ayudan al hombre a poner sus propias expectativas en la esperanza que no defrauda.(P.G.4)*

Esta firme esperanza en Jesucristo, luz del mundo, no llevará a confiar en que la bondad misericordiosa de Dios nunca dejará de abrir caminos de salvación y de ofrecerlos a la libertad del hombre. Y esta firme esperanza nos ayudará a discernir los signos de vida capaces de derrotar los gérmenes nocivos y mortales. Esta firme esperanza nos animará también a transformar, incluso los conflictos, en ocasiones de crecimiento, y en caminos de reconciliación. Y, en fin, esta firme esperanza en Jesucristo, Buen Pastor, llenará nuestro corazón de compasión, impulsándonos a acercarnos al dolor de cada hombre y mujer que sufre para aliviar sus llagas, confiando siempre en poder encontrar la oveja extraviada. Y, así, apoyados en esta firme esperanza, seremos en nuestra querida Iglesia diocesana de Getafe, por medio de nuestro ministerio apostólico, en comunión con nuestros presbíteros signo de Cristo, Pastor y Esposo de la Iglesia, estando al lado de cada uno como imagen viva de Cristo, nuestra esperanza en quien se cumplen todas las promesas de la Creación.(Cfr. P.G.4)

Invocamos con especial devoción a la Santísima Virgen María, Nuestra Señora de los Ángeles. Madre de la Iglesia y Reina de los Apóstoles. Que ella, que acompañó a los apóstoles en el Cenáculo, cuando esperaban la venida del Espíritu Santo, siga llenando de bendiciones a nuestra Diócesis y a nosotros, sus Obispos nos alcance la gracia de no frustrar jamás la entrega de amor que Cristo nos ha confiado. (cfr. P.G. 74)